

Quizás tengo 5762 años, quizás mas, quizás menos...

Lo único de lo que estoy seguro, es de que tengo muchas vidas.

Muchas veces me quisieron matar, hacerme desaparecer de la faz de la tierra, pero no se dieron cuenta que no sería fácil de concretar.

Uno de esos intentos de exterminio comenzó en 1939, pero se venía gestando hacía meses, o quizás años.

Por esa época yo habitaba en los cinco continentes, pero en Europa me encontraban en gran parte de sus países. Mi posición social era variada, como así también mi situación económica.

En la época posterior a la Primer Guerra Mundial, en Alemania, el sentimiento de frustración, la negativa a aceptar una nueva situación y el miedo al auge del comunismo, crearon un campo propicio para la creación de nuevos grupos. Ejemplo de ello fue el Partido Obrero Nacional Socialista, quien aspiraba a grandes cambios radicales, debido a la inestabilidad económica. Este partido basaba su política oficial en el racismo y al antisemitismo.

Los alemanes eran educados con la mentalidad de pertenecer a una raza superior, llamada por ellos: "Aria", y al mismo tiempo descalificando a todos aquellos que eran diferentes. En consecuencia yo fui uno de sus blancos preferidos.

El ascenso paulatino de este partido pasó desapercibido, luchando por lograr un gobierno con régimen totalitario, con el apoyo de las masas. Finalmente, el 30 de enero de 1933 Hitler, líder de dicho partido, ascendió al poder y un año más tarde logró el poder total del estado.

A partir de este suceso, comencé por momentos a sentir mi vida amenazada.

Los atropellos, los ataques en mi contra, la crueldad y la violencia, hicieron que parte mía comenzara a huir de ese horror. Simultáneamente, otra parte mía pensaba que era imposible que algo pudiera ocurrirme a mí.

A partir de ese momento comenzó una nueva etapa en mi vida.

En Alemania comenzaron a privarme de mis derechos legales, civiles y económicos. Todo esto continuó hasta 1935, con la promulgación de las leyes de Nüremberg. Fui despedido de mis empleos: judiciales, de la medicina, de los cargos públicos y de los puestos militares, fui excluido de universidades, teatros y editoriales. Pasé a ser considerado ciudadano de segunda categoría.

Creé organizaciones para reunirme e intentar tomar fuerza, fundando por ejemplo: "La Representación Territorial de los Judíos de Alemania".

Por momentos pensé que cerrándome en mí mismo y haciéndome pasar a un segundo plano en la sociedad, pasando inadvertido, dejaría de ser centro de ataques.

Hubo un sector mío, en el que predominaba el sentimiento nacionalista y patriótico, el cual negaba lo que llegaría a ocurrir. Guardaba la ilusión de salvarse por ser "alemán", o simplemente europeo. En el viejo continente yo ocupaba cargos muy importantes, era prestigioso en literatura, ciencias y arte.

Un par de veces escapé hacia América, donde estuve definitivamente sano y salvo, pero cuando me escapé a otros países europeos, volví a caer en sus garras, en el momento que Alemania expandió sus fronteras.

Mi corazón vivía en Palestina, fue gracias a esto que trescientas mil partecitas alemanas más emigraron hacia allí logrando salvarse a tiempo.

En 1938 Alemania anexó Austria y allí, una vez más aplicó leyes en mi contra.

Ese mismo año no se me ocurrió nada mejor que atentar contra un diplomático en París, lo que fue tomado como pretexto para comenzar con una violencia aún mayor contra mí.

Las primeras respuestas a esta agresión, ocurrieron la noche del 9 de noviembre de aquel año. Los incidentes fueron atroces: un feroz ataque contra mí, mis 191 templos, mis casas

y hasta mis 1500 comercios, fueron víctimas del tremendo acto inhumano. Este suceso se recuerda hasta hoy como: "La Kristallnacht", La Noche de los Cristales Rotos.

1939 fue el año primordial para el comienzo del conflicto.

Ese año usurparon otro de mis países donde yo residía: Polonia. Sentí mucho miedo.

De repente comencé a oír ruidos, eran monstruos subidos a caballo. Los alemanes habían invadido el país. Luego de esa invasión, el 1º de Septiembre de ese mismo año, se inició legalmente el conflicto, la guerra estaba declarada.

Mientras vivía en Francia se escuchaba, que si Francia quería sobrevivir como nación, debía alinearse con Alemania e Italia. Fue en ese momento cuando reviví una situación ya ocurrida en otro lugar, si bien aquí era toda una novedad: promulgaron nuevamente leyes en mi contra.

Comencé a desarraigarme, mi vida pasó a tener un gris cada vez más oscuro. Estaba entrando en un túnel sin salida, temiendo por mi vida que pendía de un hilo y que en muy poco tiempo abandonaría mis hogares, no por propia voluntad, y me mudaría a mi primer escala hacia la muerte.

Me confinaron en Ghettos. Me dejaban en mi propia casa cerrando el barrio, o por el contrario, me ordenaban que tomara algunas de mis pertenencias y me trasladaban a una especie de barrios cerrados y aislados. Esos territorios no estaban rodeados de otra cosa que no fueran altas murallas de ladrillos. Algunos de ellos eran: Varsovia, Lodz, Bialystok, Vilna.

Cada día iba muriendo otra partecita mía, debido al hambre, al hacinamiento y las epidemias, como consecuencia de que me sometían a condiciones infrahumanas.

Conseguir carbón para el invierno se me hacía casi imposible, como así también la comida. Me vi obligado a contrabandear alimentos para sobrevivir, pero si los guardias me descubrían, el permanecer vivo se borraba completamente de mis aspiraciones y esperanzas. A veces me escondía en sótanos o en búnkers, tratando de sobrevivir a esas matanzas. El tiempo era interminable, ayudar a quien lo necesitaba, así hayan sido niños o adultos en las mismas condiciones, hacía sentirse útil y contribuía a sentir que el tiempo pasaba más rápidamente.

Al principio pensé que el medio para exterminarme era a través del hambre. Pese a todo, continué trabajando clandestinamente en talleres, empresas, escuelas y bibliotecas para ayudar a los lectores a escapar de la dura realidad.

Me obligaron a usar un parche amarillo con forma de Maguén David adherido a la ropa. Si casualmente me parecía físicamente a uno de ellos, muchas veces intentaba no usarlo, pero en otras ocasiones no quería disimular mi identidad. Pese a todo, muchas veces me descubrían, por lo tanto continuaba el plan de exterminio total, me mataban, seguían buscándome, para ver si había vuelto a cometer el mismo error, me seguían aniquilando.

El 21 de septiembre, fue el día en que se inauguraron varias sucursales del infierno en Polonia. Una nueva forma de exterminio comenzaba a proliferar, estos lugares eran llamados Campos de Concentración. Era un lugar de múltiple función, allí mis trabajos eran inútiles, cavar y tapar fosas, trasladar piedras, todo eso era inútil, era como estar muerto en vida. En ese lugar también me torturaban, y después de "La Solución Final" me mataban con gas tóxico y me cremaban.

Pero ya por el año 1941 no discriminaba lo que era más grave, sentía que no tenía futuro. La luz era cada vez más tenue y el sol ya no salía. Estas personas, que no parecían humanos, ni tampoco animales, eran sólo una especie de salvajes con la cabeza y el corazón invadidos por el odio, con un solo objetivo: dar comienzo a la llamada "Solución Final", cuyo objetivo era exterminarme completamente mediante el uso de gas letal. Me expulsaron desde las clases sociales más bajas y luego de todo país en donde viviera, para deportarme. Me ponían diferentes pretextos, si yo era polaco me decían que me llevaban a trabajar a Europa oriental. Un día me empezaron a llevar en trenes a un lugar

con destino desconocido, jamás pensé que el rumbo sería hacia ese infierno. Me llevaron a todas esas sucursales, Aushwitz, Mahdanek, Treblinka Y Bergen- Belsen, entre otras. Me separaba, padres de hijos, maridos de esposas y así familias enteras. Al llegar me encontraba con un terreno en medio de la nada, rodeado de alambre de púa y cables electrificados, me cambiaron los zapatos a zuecos y mis ropas a trajes rayados, donde dormía era una especie de barracas en el cual había muy pocas camas para mucha gente. En estos lugares me tuve que acostumbrar a varias cosas cotidianas, desde un robo, hasta la llamada "inspección médica". Más tarde me enteré en qué consistía, esta inspección médica, era la selección para decidir si seguía viviendo, trabajando en campos de trabajos forzados, o si mi vida llegaría a su fin.

Muchas veces, no sabía a dónde me llevaban. Yo esperaba y suponía que por fin me daría una ducha, pero ¡qué engaño!, me conducían a cámaras de gas. Eran de una superficie de tan solo 25m², y ahí, nos llevaban de a 450 o 500 a la vez. Si dejaba de ver a alguien, era porque la cámara de gas había sido su final.

En ocasiones basta de salvar mi vida, colaboré con los alemanes. Llegué a ser "capo" en algún Ghetto y hasta me encargué de guiar hasta las cámaras de gas. Algunas veces, ocupando este cargo revelé el destino a donde realmente eran conducidos, como así también, dónde convenía ubicarse dentro de la cámara, para morir instantáneamente con el menor sufrimiento.

Luego de esos asesinatos múltiples, los cadáveres eran examinados en busca de dientes de oro y gemas ocultas. Los cabellos eran vendidos a curtiembres, los huesos a fábricas de jabones y las cenizas de los cremados utilizadas como fertilizantes.

Es el día de hoy, que en los campos, los lugares más florecidos, son los lugares en los que en su momento se encontraron aquellas fosas comunes.

Con el tiempo algunos de los llamados campos de concentración pasaron a ser campos de exterminio. Así ocurrió con: Birkenau, Treblinka, Mahdanek.

En Holanda me llevaron a campos de exterminio, en Bélgica fui llevado hasta los campos polacos, en Yugoslavia fui torturado, deportado o asesinado, de Dinamarca fui deportado muy pocas veces al campo de Theresin (en Checoslovaquia), de Noruega a veces fui deportado pero esta vez hacia Aushwitz, como así también de Grecia.

Antes de deportarme realizaban una selección de quienes serían ejecutados y quienes todavía podían ser útiles, luego me subían cientos de veces a camiones y trenes, pero previamente unos golpes no estaban de más. Mi resistencia era mínima debido a mi debilitamiento, muchas veces, siendo madre, preferí morir antes de que mataran a mis hijos, muchas veces para no separarme de mis familias, seguí junto a ellos el camino hacia la muerte.

De un momento a otro, mientras vivía en el Ghetto de Varsovia comencé a enterarme acerca de mi matanza con gases tóxicos, pero casi no creí esa barbaridad.

En 1943, exactamente el 19 de abril, intenté rebelarme contra el régimen, conseguí armas por contrabando y lo concreté, realicé la primera resistencia armada en la Europa ocupada. Mi intento no condujo hacia una liberación ya que me mataron más veces de las que me sublevé, pero por lo menos si morí, mi muerte fue sabiendo que hice algo por sobrevivir, pero por sobre todas las cosas, les di el ejemplo y la conciencia de continuidad a personas de otros ghettos o campos, para que no se quedaran con los brazos cruzados, y se defiendan.

No solo me sublevé en Varsovia, aunque sé que fue el levantamiento más conocido, sino que también me sublevé en el ghetto de Bialystock, en el de Vilna, y hasta en Aushwitz volé las instalaciones destinadas a causar mi muerte. También armé muchos grupos de guerrilleros.

Durante la guerra los nazis montaron un “Ghetto Modelo” para mostrarle al mundo. Terezín no fue un ghetto igual a los otros. En 1940 fue instituido como prisión de la Gestapo y un año más tarde surgió como ghetto y lugar de tránsito para mí. El objetivo de los nazis era mostrar un “barrio residencial” donde yo era el único habitante, pero en realidad luego de dicha parada, mi verdadero destino serían los campos de exterminio del este y las cámaras de gas de Aushwitz- Birkenau.

En mi memoria, como tantos otros recuerdos, quedó grabado un día muy particular en Terezín. Pensábamos que estábamos en un sueño, se pintaron las paredes y calles, se decoraron negocios, fue construida una escuela, me eligieron un par de veces para que actuara como si estaba realmente feliz, nos dejaron jugar en las plazas, escuchar música, hacer lo que queríamos. De repente asistieron personas extrañas. Años mas tarde me enteré que habían filmado para que la comisión internacional de la Cruz Roja constatará que los “barrios” eran legales y la gente no estaba privada de sus derechos, ese documental fue conocido como “Nueva vida para los judíos bajo la protección de tercer Reich”.

En 1945 pasé por la Marcha de la Muerte, desde Aushwitz hasta Birkenau, dormí en las rutas, en los bosques, fui partisano, mi destino era incierto.

El 23 de julio de 1944 las tropas soviéticas llegaron a Mahdanek, la liberación había comenzado, antes de que los británicos lleguen, la SS escondió, enterró y quemó toda evidencia. Pero a pesar de todo quedó un testimonio, 800.000 zapatos.

En abril de 1945 los británicos entraron a Bergen- Belsen, pero primero la SS me ametralló varias veces. Me encontraron desnutrido, rapado. El 8 de mayo de este año sonaron allí las sirenas para anunciar la rendición de Alemania y el fin de la guerra. Terminó? Estoy seguro? Fue todo un sueño o realidad?

Al fin y al cabo sobreviví, algunos hasta se arriesgaron para salvarme. Hubo gente que se dedicó a esto, parece increíble, pero, personas que arriesgaron su vida para salvarme. Hoy tengo mi propia tierra: Medinat Israel, pero también habito en el resto del mundo, en los cinco continentes, como en aquella época. No puedo afirmar que mi vida es cien por ciento segura en esta época, pero sí puedo afirmar que si pude sobrevivir a aquella, puedo sobrevivir a cualquier otra. Lo que ocurrió a lo largo de esos duros años fue brutalmente inhumano, ideado por una persona, planificado por cientos, puesto en práctica por miles, aceptado o ignorado por millones. Pero la víctima fue una sola, la humanidad, dentro de ella no solo estoy yo, sino también homosexuales, gitanos, testigos de Jehová, miles de personas como yo y como ellos, a las que interrumpieron la vida por el solo hecho de no haber nacido como a los “arios” les gustaba, siendo diferentes, siendo minorías.

Uno de los más atacado fui yo. Tuve mucho miedo, me escapé, corrí a bosques, me mataron, pero a pesar de todas las locuras cometidas por “seres humanos” sigo vivo, gracias a eso hoy puedo contarlo en primera persona.

Aunque las generaciones vayan pasando, esta historia, mi historia, nuestra historia, será siempre contada en primera persona.

Puede ser que haya nacido millones de veces y haya muerto otras seis millones, pero nunca me exterminaran. No mataron personas, mataron partes elementales de un pueblo, pero también quedó una gran parte viva, la encargada de hacer recordar y obligar que esto no pueda volver a ocurrir.

La continuidad, la transmisión y las ganas de vivir son para mí subsistencia, fundamentales, pero si un eslabón corta la cadena de transmisión la continuidad se corta y la unión se pierde, porque la unión de un pueblo no es solo entre las personas que viven en una época, la unión de un pueblo es la unión de su pasado y su presente, para que en un futuro siga vivo y subsistiendo a momentos como los pasados. Si a la historia le

sacamos una parte, ya no es historia verdadera, es necesario que esto no se olvide, que no se lo borre del pasado, de la memoria, para que no dejemos de existir. Cada uno de nosotros es responsable por todos y por cada uno de los demás integrantes del pueblo de Israel: "Am Israel Arebim Ze la Ze". No nos exterminemos nosotros mismos, nuestra historia continua.

Sharsheret